

ARLEQUÍN

¿Para qué queremos soldados? ¿Qué tenemos que defender? ¿Qué importa que todo se pierda? Una ciudad que sólo encumbra a los que no tienen ningún talento. Aquí son reputados famosos cuatro hombres vulgares, que ni siquiera son conocidos en Venecia ni en Génova.

FLORENCIO

De los que allí se reirían si los conocieran...

ARLEQUÍN

Lo único que podemos presentar al mundo son nuestras bailarinas, nuestros desbravadores de potros y nuestros mendigos... Eso sí... Es nuestro orgullo... Por eso he querido yo que nos juntáramos en esta fiesta los únicos que aún no hemos perdido la clara visión de las cosas.

AURELIO

Hay que elevarse sobre la ramplonería.

FLORENCIO

Sobre los respetos vulgares.

ARLEQUÍN

Sobre el patriotismo que quiere obligarnos a una estúpida admiración por todo lo nuestro.

AURELIO

Pero ¿qué nos piden que admiremos?

ARLEQUÍN

Una ciudad que puede ser gobernada por un Crispín.

AURELIO

Y un señor Polichinela.

ARLEQUÍN

Que la gobiernan como se merece: despreciándola. Que por fortuna nos llevarán a la ruina, y entonces empezaremos a ser algo.

FLORENCIO

Cuando nos gobierne el extranjero...

ARLEQUÍN

Cuando nos imponga una cultura superior...

AURELIO

Cuando nos enseñe a ser hombres...

ESCENA IV

DICHOS y el DESTERRADO por la segunda derecha.

DESTERRADO

Eso sí, desdichados...

TODOS

¿Eh? ¿Quién es? ¿Qué dice?

DESTERRADO

Os digo ¡desdichados!, porque no es vuestra toda la culpa; de otro modo, os diría ¡miserables!

AURELIO

¿Y quién os mete a vos...?

FLORENCIO

¡Tened cuenta con vuestras palabras!

DESTERRADO

No os alborotéis. Miradme a la cara: soy un hombre. Vosotros sois muy niños o muy viejos. De cualquier modo me dais compasión, y por compasión he de hablaros. Sólo vos, señor Arlequín, por vuestra edad, debierais ser más razonable; pero la vanidad os pierde. Y aunque no os falta entendimiento, sabéis que no es tanto como para asombrar a las gentes, y os amparáis del desatino, que siempre asombra y pasma, y más en los que, como vos, saben escoger su auditorio. Sazonada con vuestro ingenio, sembráis entre estos mozalbetes la mala semilla de vuestra vanidad. Tenéis cargo espiritual sobre ellos y... ved lo que hicisteis de esta juventud. Mirad mi rostro enrojecido de vergüenza al escucharos maldecir de esta noble Ciudad, que es nuestra patria; al oír cómo no os importaría verla dominada por el extranjero, que vendría, como decís, a imponernos su cultura. ¡Desventurados! Si el extranjero cayera sobre nosotros, su cultura, sus libertades, sus sabias leyes, las guardaría para él; a nosotros nos trataría como se trata a los traidores, que, vencidos, sólo son dignos de ser esclavos. ¿Es eso lo que ambicionáis? ¡A cuánto llega la soberbia, pecado de los ángeles rebeldes; a cuánto llega la envidia, pecado de las almas ruines!... Porque eso sois, soberbios y envidiosos. Cuando vuestra conciencia os da la medida de vuestra insignificancia, bueno es culpar a los demás de nuestro fracaso. ¿Qué habíamos de hacer? En patria tan mezquina

no vale la pena de hacer nada. ¿Quién iba a comprendernos? ¿Quién había de admirarnos? Si en vuestra vanidad creéis que habéis hecho algo grande y no sois bastante estimados, decís: ¡Lástima valer tanto en tierra que vale tan poco! Cuando veis estimados y aplaudidos a los que trabajan con fe, a los que luchan con entusiasmo, entonces es la envidia la que os muerde, y por empequeñecer a los que valen, no dudáis en empequeñecer a vuestra patria. Y cuando sois vosotros los que dais ocasión al extranjero para menospreciarnos, queréis medir vuestro valor por el valor que nos da el extranjero. ¿A quién visteis que para asegurarse de la virtud de su madre, para encontrar razones de quererla, pregunte a los extraños? — ¿Qué pensáis de mi madre? ¿Qué estimación hacéis de sus virtudes? ¿Cómo he de respetarla? ¿Cómo debo quererla? — Pues tan indigno es pedir al extranjero razones para amar a nuestra patria.

ARLEQUÍN

Ahora es cuando os hemos conocido, yo por lo menos; que estos mozalbetes, como vos los llamáis, por suerte suya no alcanzaron los tiempos en que vuestra cicero-niana oratoria era pasmo de las plazuelas.

DESTERRADO

¿Sabéis quién soy?

ARLEQUÍN

¿Qué otro pudiera ser? ¿No estabas desterrado? Dicen que por medida de buen gobierno; yo aseguraré siempre que por medida de buen gusto. (*Aurelio y Florencio ríen.*)

LAURO

¿Qué decís? ¿Este hombre es...?

ARLEQUÍN

El tribuno de la plebe, un grandilocuente orador, como habéis podido apreciar. ¿No os ha conmovido? ¡Amigos, hay que ser patriotas, hay que creer que nuestra Ciudad es la más grande, la más gloriosa de las ciudades, que sólo nosotros somos indignos de haber nacido en ella! *(Se oye dentro una música.)*

AURELIO

¿No oís? Esa música anuncia la llegada de Girasol.

FLORENCIO

Girasol llega: vamos, Arlequin; vamos, Lauro.

LAURO

No, yo no; id vosotros. Espero aquí a un paje de Julia. Si su padre acude por fin a la fiesta, tendré aviso y...

ARLEQUÍN

Y en ausencia del Magnífico entrarás por una puerta secreta en los jardines de su palacio como otras noches. Y habrá dulce plática con la inocente Julia, tan inocente como su padre.

LAURO

¡Señor Arlequin, no os consiento...!

ARLEQUÍN

¡Cuidado, joven; cuidado! Ya veo que prendió en ti el discurso del austero espartano. ¿Vas a defender contra mi la inocencia de la hija del Magnífico? Bien está; no te enfades. Yo proclamaré que no la hay más ino-

cente y candorosa. Por patriotismo. ¿Te parece bien? Por patriotismo. Todas las jóvenes de la Ciudad son inocentes y candorosas. ¡Austero espartano, vuestro discurso nos ha convencido tanto, que vamos a saludar en Girasol, la bailarina, a la más pura gloria de nuestra patria! Dejemos a Lauro. Vamos, amigos. *(Salen Arlequin, Florencio y Aurelio por la izquierda.)*

ESCENA V

EL DESTERRADO y LAURO

DESTERRADO

¿No vais con vuestros amigos?

LAURO

Perdonad, señor; les dije que debía esperar aquí; pero la verdad es que sólo me retiene el deseo de preguntaros...

DESTERRADO

Adivinasteis mi deseo. Yo os responderé a todo, y por mi parte algo he de preguntaros también. Por las chanzas que el señor Arlequin se ha permitido, y al parecer os ofendieron, pienso que sois el joven de quien me hablaron apenas llegué a la Ciudad, el que — perdonad si también os ofende mi indiscreción —, el que, según dicen, tiene amores con la hija del Magnífico.

LAURO

Señor, acaso os parezca jactanciosa presunción de mi parte. No lo juzgaréis así cuando sepáis la verdad. Ante todo, por haberme visto en compañía del señor

Arlequin y de sus amigos, no me juzguéis como ellos. ¿No me habéis visto avergonzado al oír con cuánta razón vuestras nobles palabras afeaban las suyas indignas? Lo que nos habéis dicho lo he pensado yo muchas veces. Si yo lo dijera se burlarían de mí... ¡Como el señor Arlequin y sus amigos son muchos jóvenes de la Ciudad, muchos hombres también!

DESTERRADO

Muchos, sí, pero no serán todos... Hay otros muchos, son los más, y lo creo, o quiero creerlo, que aún aman a su patria, que aún trabajan por ella con santo amor. ¿No es verdad?

LAURO

Sí, son muchos; pero son los humildes, los silenciosos, los resignados...

DESTERRADO

Los que sólo esperan la voz del hombre que hable por ellos, que haga callar por siempre esas voces que claman plañideras: ¡Nada valemós! ¡Nada valemós! ¡No hay esperanza para nosotros! Y así es la vida de nuestra patria, como un cortejo de enterramiento. Aun el que trabaja y lucha todavía parece también como si enterrara su propio esfuerzo y quisiera decirnos desalentado: Yo sé que nada se remedia, que es trabajo perdido mi trabajo. Y lo que debiera caer como siembra de esperanza en la vida, cae como paletada de tierra en sepultura... Y así van enterrando a nuestra patria...

LAURO

¿Vos fuisteis desterrado de ella?

DESTERRADO

Sí; por amarla mucho. Y más que verme desterrado

de ella, sentí que ella de mí se desterraba. Y fué mi tristeza como al apartarnos de su corazón la mujer por cuya felicidad hubiéramos dado la vida, y más que su desamor, más que su desvío, más que nuestra propia desgracia, sentimos que al apartarnos de ella ya nada podemos hacer por verla a ella dichosa. Y ya lo veis: ni la injusticia de los que me desterraron, ni, lo que fué más triste, la indiferencia de los que debieron impedir mi destierro; la crueldad en los unos, la ingratitude en los otros, bastaron a quebrantar en mi corazón el amor a mi patria. Desterrado de ella, ella ha sido mi único pensamiento. En todas partes hallé amigos, nobles protectores; pero como el poeta florentino en su destierro, también supe de la amargura que es el subir por escalera ajena... Todos eran bondadosos conmigo, como a uno de los suyos me trataban; y a pesar mío, siempre me sentí extraño entre ellos, y como nunca comprendí lo que es este sentimiento de patria, del que se burlan vuestros amigos..., porque ellos creen saber la verdad de los males de la patria..., pero no saben la tristeza de haberla perdido y cómo la recordamos entonces con todos sus males. Y si los males fueran tantos que no hubiera disculpa para ellos, aun sabríamos redimirlos todos en nuestro recuerdo, al decir, con orgullo, como de una grandeza de nuestra patria, cuando otras grandezas no tuviera: Que no hay rosas como sus rosas; que no hay puestas de sol como las de su cielo...; que, lejos de la patria, al recordarla, una flor, un celaje, bastan para encender el corazón en amor patrio.

LAURO

Sí, cada paladra vuestra me asegura que sois... el que pienso que sois desde que os escucho, el que ya temo que seáis, con desear con toda mi alma que no podáis ser otro. Yo no recuerdo de mi padre, pero sé que mi padre vive, y vive desterrado, como vos lo es-

tuvisteis. Era yo muy niño, y al pasar por las calles de la Ciudad, acompañado de algún servidor de mi tío, solía pararse delante de mi algún hombre del pueblo, un viejo tal vez, tal vez un joven, y mirándome fijo me decía: «Todos hemos perdido a nuestro padre. Tu padre era nuestra guarda y nuestro amparo contra el poder y la injusticia de los grandes... Bien merecemos cuanto nos sucede, que antes de consentir que saliera desterrado debimos morir todos...» Y esto mismo lo oí muchas veces. Después... ya nadie me hablaba de mi padre; yo preguntaba, y nadie respondía... Mi tío me prohibió por fin que volviera a preguntar nada. «Nombrar a tu padre es traer la ruina sobre nuestra casa. Tu padre no volverá nunca, y si volviera, sería su muerte, porque el Magnífico no tiene mayor enemigo, y no le perdonará nunca...» Y este es mi temor, que si fuerais... ¡Ah!... ¡Sí! ¡Sois vos, mi padre! ¡Es verdad! ¡Mi padre!

DESTERRADO

¡Hijo mío! Tu amor y el amor a mi patria era todo mi pensamiento. Al volver, ya sabía que el alma de mi patria volvía conmigo... Pero temblaba al pensar qué habrían hecho de tu alma... Te encuentro, y te encuentro... hijo mío. Si hubiera hallado en ti a uno de esos jóvenes que te acompañaban..., hubiera preferido no hallarte nunca...

LAURO

¡Padre mío! ¡Mi padre! Pero si es verdad lo que dijeron, que el Magnífico os odia, que volver a la Ciudad es la muerte... ¡No! ¡No es posible!...

DESTERRADO

No, hijo mío. Todo puede temerse del astuto señor Crispín, pero no le creo capaz de tan negra perfidia...

No me habría perdonado para asesinarme..., tengo su perdón..., mira.

LAURO

Si, son sus armas, las armas de la Ciudad, la firma del Magnífico. No, no hay nada que temer, estáis seguro... ¡Qué alegría! El Magnífico os ha perdonado...

DESTERRADO

Y a su perdón acompañaba esta carta... ¿Tú conoces la letra?

LAURO

¿Esta letra? Si; es suya, de Julia, de su hija... ¡Cómo no conocerla! Si esta letra es la que dicta leyes a mi corazón; si esta letra es la que ordena en mi vida alegría o tristeza...; una vez más he de besarla, que esta vez me devuelve a mi padre... Ahora recuerdo: pocos días ha, me habló de una alegría muy grande que me esperaba; no quiso decirme cuál sería: casi reñimos porfiando..., la hice llorar. Dios mío, cuando ahora me vea llorar de alegría, ¡cómo ha de perdonarme! Si supierais... ¡Es tan hermosa! No, ¡es tan buena! Si creyerais que yo la amo por ser quien es, os engañaríais... Nuestro amor empezó cuando ni ella ni yo podíamos temer que nunca pudiera separarnos esta grandeza de su padre. El Magnífico aún no la había presentado como hija suya. Vivía como una joven de condición modesta, venía a comprar a nuestra tienda, acompañada de alguna dueña de respeto... Cuando el Magnífico la proclamó hija suya y la llevó consigo a su palacio..., nuestro amor era ya más fuerte que todo el poderío de su padre, a quien todo se rinde en la Ciudad; todo, menos mi corazón y el de su propia hija, cuando intentara, con todo su poder, con toda su grandeza, arrancar este amor de nuestras almas.

DESTERRADO

(*Leyendo la carta.*) «Benedicid a quien os ama sin conoceros, sólo porque sois padre de quien no puede ser mi enemigo.»

LAURO

No, no podéis serlo. De su padre tampoco. Os ha perdonado por amor de su hija, y ella pidió vuestro perdón por amor mio... ¿Verdad que ya no le odiáis, que no volveréis a ser su enemigo? Entre él, a quien ofendisteis y os perdona, y ese pueblo, al que amabais tanto, por el que tanto sacrificasteis, y os dejó salir desterrado, y ya que no se atrevió a impedirlo, por cobardía, no volvió nunca a pedir vuestro perdón, por ingratitud o por olvido, que todo es cobardía..., decid, ¿quién merece vuestra estimación y quién vuestro desprecio?

DESTERRADO

Es verdad, es verdad... No es el Magnífico el más culpable... ¿El sabe de tus amores con su hija?

LAURO

Nada de cuanto sucede en la Ciudad puede escapar a su noticia. Estoy cierto de que lo sabe, pero hasta ahora nada intentó para impedirlo. Nunca se dió por entendido con su hija, según ella asegura, y ella no me hubiera mentido.

DESTERRADO

No obstante, de tu condición a la tuya hay tal distancia, que es locura presumir que el Magnífico pueda consentir esos amores..., si no es que así conviene a sus intereses. Y es lo que temo. Es hombre que sabe llegar a cuanto se propone por los más extraños caminos...

Acaso mi perdón, que tú crees noble, generoso, sea un engaño más.

LAURO

No, padre mio... Tu perdón es obra de Julia; ella ha sabido que el Desterrado era mi padre, y rogó al suyo que te perdonara. Y tú no puedes ser enemigo del padre de la que es para mí...

DESTERRADO

Más que tu padre... Eso has pensado... Puedes decirlo... Así es el amor, y es justo que así sea... Si me dijeras: «¡Padre mio! No tengo más amor que el tuyo en el mundo... Soy muy desgraciado», me verías muy triste... Me dices: «Soy dichoso... porque amo a una mujer más que a nadie en el mundo...» Y si tú eres dichoso, ¿qué importa que ella sea todo y yo nada? No te llamaré ingrato. Y de mi nada temas, que si mayor sacrificio no pudiera hacer por tu felicidad, yo te aseguro que el padre de tu amada no tendrá nunca en mí un enemigo... Recogeré mi corazón, que tal vez fué orgulloso en demasia al pretender la gloria de mi Ciudad. Y desde hoy mi Ciudad será mi casa, y vuestro amor su gloria... Nunca más la tristeza del deber austero, inflexible, que se clava en el corazón como tronco seco, sin alegría de hojas, sin cantar de pájaros al calor de sus nidos..., tronco desnudo que se alza y se recorta sobre el cielo, rígido y geométrico, como palo de horca, que si dice Justicia, dice muerte... No, no es humano el deber que por soñar con una humanidad perfecta es inexorable con los hombres... No hay un deber eterno...; hay muchos deberes, como hay muchos días y muchas horas en la vida... El deber de ser humildes, de ser compasivos..., de perdonar para que nos perdonen... ¿Cómo nos atrevemos a pedir justicia a los hombres en la tierra,

si es del Cielo, es a Dios, y temerosos de su justicia, al rezar sólo pedimos misericordia? (*Se oyen dentro unas voces.*)

LAURO

¡Escuchad! ¿Qué voces son ésas?

DESTERRADO

Sin duda es que llega el Magnífico a la fiesta y la gente se agolpa para saludarle.

LAURO

No; son voces como de asonada... Escuchad... Dicen: «¡Viva nuestro padre! ¡Viva el padre del pueblo!» ¿Será a vos?

DESTERRADO

No es posible. ¿Quién puede saber que estoy en la Ciudad?

ESCENA VI

DICHOS y HOSTELERO por la segunda derecha.

HOSTELERO

Pronto... Vete de mi casa, pronto. ¿No oís?

DESTERRADO

¿Qué te altera?

HOSTELERO

Perdón, amigo; pero ya lo ves..., por admitirte en mi casa...

LAURO

¿Qué sucede?

HOSTELERO

La gente ha sabido que llegabas a la Ciudad; saben que estás en mi casa, y acuden en tropel a vitorearte como en otros tiempos...

LAURO

Los que no se acordaron de ti en la desgracia, los que nada hicieron por impedirla, ahora, cuando el Magnífico te ha perdonado, pretenden con su griterío alarmar a la Ciudad, prevenir de nuevo al Magnífico en contra tuya... ¡Miserables! Yo iré, y a palos...

DESTERRADO

Tente, hijo mío... Parece que callan las voces...

HOSTELERO

Vete de mi casa; saldrás por una puertecilla que da al campo... En una noche como ésta... Cuando no tardará en llegar el Magnífico... Sería mi ruina...

DESTERRADO

No tiembles... ¿Quién?... ¡Ah! Publio...

HOSTELERO

¿El señor Publio? Eso es peor... Si ha sido él quien lo ha urdido todo...